

Charlotte Perkins Gilman “El empapelado amarillo” (1892)¹

No es habitual que gente normal como John y yo alquile una casa para el verano.

Una mansión colonial, una heredad, diría que una casa encantada; y llegaría a la cúspide de la felicidad romántica; pero ¡eso sería pedir demasiado del destino!

De todos modos, diría con orgullo que hay algo extraño en ella.

Si no, ¿por qué habría sido tan barato el alquiler? ¿Y por qué habría estado tanto tiempo desocupada?

John se ríe de mí, por supuesto, pero es lo que se espera del matrimonio.

Él es práctico hasta el extremo. No tiene paciencia con la fe, la superstición le produce un intenso horror, y se burla en cuanto oye hablar de cualquier cosa que no se pueda tocar, ver o reducir a cifras.

Es médico, y *quizás* (claro que no se lo diría a nadie, esto lo escribo sólo para mí y es un gran alivio para mi mente) *quizás* ése sea el motivo de que no me cure más deprisa.

Verán, ¿no me cree enferma!

¿Y qué se puede hacer?

Si un médico prestigioso, que además es tu marido, afirma a los amigos y parientes que lo que le sucede a su mujer no es grave, sólo una depresión nerviosa transitoria (una ligera propensión a la histeria), ¿qué se le va a hacer?

Mi hermano, que también es médico, y también de prestigio, dice lo mismo.

Entonces tomo fosfatos o fosfitos, lo que sea, y tónicos, y viajes, y aire, y hago ejercicios, y tengo absolutamente prohibido ‘trabajar’ hasta que vuelva a encontrarme bien.

Personalmente, disiento de sus ideas.

Personalmente, creo que un trabajo agradable, interesante y variado, me haría bien.

Pero ¿qué se le va a hacer?

Durante una temporada escribí a pesar de ellos, pero *es verdad* que me agota... tener que llevarlo con tanto disimulo, o enfrentarme a una oposición firme.

A veces me parece que, en mi estado, con algo menos de oposición y más trato con la gente, más estímulos... pero John dice que lo peor que puedo hacer es pensar en mi estado, y confieso que hacerlo me produce siempre malestar.

Así que cambiaré de tema y hablaré de la casa.

¡Es el lugar más hermoso! Es solitaria, apartada de la ruta, y a unas buenas tres millas del pueblo. Me recuerda esas casas inglesas que aparecen en los libros, porque tiene setos, muros y verjas que se cierran con candado, y muchas casitas desperdigadas para los jardineros y los sirvientes.

¡Tiene un jardín *delicioso*! No he visto otro igual: grande y umbrío, lleno de senderos rodeados de boj, y en todas partes hay pérgolas, con parras y asientos debajo.

Había también invernaderos, pero ahora están todos rotos.

Hubo problemas legales, creo, cuestiones de herederos y coherederos; el caso es que lleva años vacía.

Me temo que eso echa a perder lo de los fantasmas, pero me da igual... en esta casa hay algo raro... puedo sentirlo.

¹ Traducción de Gabriel Matelo

Literatura Norteamericana

Incluso se lo dije a John una noche de luna, pero me contestó que lo que yo sentía era *una corriente de aire*, y cerró la ventana.

A veces me enfurezco con él sin motivos. No solía ser tan sensible, estoy segura. Creo que es por mi problema de nervios.

Pero John dice que, si me siento así, descuidaré mi autocontrol; así que hago esfuerzos por controlarme, al menos en su presencia, cosa que me cansa mucho.

No me gusta nada el dormitorio. Yo quería uno en la planta baja que da a la galería, con rosas enmarcando la ventana y esos anticuados chintz colgando; pero John se negó firmemente.

Dijo que sólo había una ventana, que el espacio no daba para dos camas y que tampoco había ninguna otra habitación cerca para que se instalara él.

Es muy atento y cariñoso, y casi no me deja dar un paso sin intervenir.

Me ha preparado un horario con indicaciones para cada hora del día. Se ocupa de todo, y claro, yo me siento una desagradecida por no valorarlo más.

Dijo que si habíamos venido a esta casa era sólo por mí, que aquí tendría perfecto reposo y todo el aire que pudiera respirar. “El ejercicio que hagas depende de tu fuerza, cariño -dijo-, y lo que comas, de tu apetito, pero el aire lo puedes absorber siempre.” En definitiva, nos instalamos en el cuarto de niños, el más alto de la casa.

Es una habitación grande y aireada, con ventanas orientadas hacia todos los lados, y aire y sol a raudales. Por lo que se ve, empezó siendo un cuarto infantil, luego una sala de juegos y al final un gimnasio, porque en las ventanas hay barrotes para niños pequeños y hay anillos y cosas amuradas.

Es como si la pintura y el empapelado estuvieran gastados por todo un colegio. Está arrancado a trozos grandes alrededor de la cabecera de mi cama, más o menos hasta donde llego con el brazo, y en una zona grande de la pared de enfrente, cerca del suelo. En mi vida he visto un papel más feo.

Uno de esos dibujos exagerados que cometen todos los pecados artísticos posibles.

Es lo bastante insulso para confundir al ojo que lo sigue, lo bastante pronunciado para irritar constantemente e incitar a su examen, y cuando sigues por un rato las líneas, pobres y confusas, de repente se suicidan: se arrojan en ángulos exagerados y se destruyen a sí mismas en contradicciones inconcebibles.

El color es repelente, casi repugnante: un amarillo chillón y sucio, desteñido por la luz del sol, que se desplaza lentamente.

En algunas partes se convierte en un naranja opaco y desagradable, y en otras, toma un tono sulfuroso repelente.

¡No me extraña que no les gustara a los niños! Yo, si tuviera que vivir mucho tiempo en esta habitación, también lo odiaría.

Ahí viene John. Tengo que esconder esto. Le irrita que escriba.

Llevamos dos semanas en la casa y desde el primer día no he vuelto a tener ganas de escribir.

Estoy sentada al lado de la ventana, en este atroz cuarto infantil, y nada me impide escribir todo lo que quiera, salvo la falta de fuerzas.

John se pasa el día afuera, e incluso algunas noches cuando hay algún caso grave.

¡Me alegro de que no lo sea el mío!

Aunque estos nervios son lo más deprimente que hay.

Literatura Norteamericana

John no sabe realmente cuánto sufro. Sabe que no hay *razón* para sufrir, y con eso se queda satisfecho.

¡Claro que sólo son nervios! ¡Me agobian tanto que dejo de hacer lo que tendría que hacer!

¡Yo quería ser de tanta ayuda a John, servirle de descanso y consuelo, y aquí estoy, ya convertida en una carga!

Nadie se creería el esfuerzo que representa lo poco que puedo hacer: vestirme, recibir visitas y hacer pedidos.

Afortunadamente Mary se las arregla bien con el bebé. ¡Qué criatura divina! Pero no puedo estar con él. ¡Me pone tan nerviosa! Supongo que John nunca se ha sentido nervioso en toda su vida. ¡Cómo se ríe de mí por lo del empapelado!

Al comienzo se propuso reempapelar el cuarto, pero luego dijo que estaba dejando que me obsesionara, y que para una enferma de los nervios no hay nada peor que ceder a esa clase de fantasías.

Dijo que una vez puesto un papel nuevo pasaría lo mismo con la cama, y luego con los barrotes de las ventanas, y luego con la reja que hay al final de la escalera, etc., etc.

-Sabes que este lugar te está haciendo bien -dijo-, y francamente, cariño, no pienso reformar la casa sólo para un alquiler de tres meses.

-Pues vamos abajo -dije yo-, ¡hay dormitorios tan bonitos abajo!

Entonces me tomó en brazos y me llamó tontita, y dijo que si se lo pedía bajaría al sótano, e incluso lo haría encalar.

De todas maneras, tiene razón con lo de las camas, las ventanas y el resto.

Es una habitación tan aireada y cómoda que más no se puede pedir y, por supuesto, no voy a ser tan tonta como para incomodarlo por un simple capricho.

La verdad es que me estoy encariñando con el dormitorio, con todo menos con ese empapelado horrible.

Por una ventana veo el jardín, las misteriosas pérgolas con su sombra impenetrable, las extravagantes flores anticuadas, los arbustos y los árboles nudosos.

Por otra tengo una hermosa vista de la bahía y un embarcadero privado que pertenece a la propiedad. Se baja por un hermoso sendero umbrío. Siempre me imagino que veo gente caminando por todos esos caminos y pérgolas, pero John me ha advertido que de ninguna manera alimente fantasías. Dice que, con mi poder de imaginación y mi costumbre de inventar historias, una debilidad nerviosa como la mía sólo puede desembocar en toda clase de fantasías desbordantes, y que debería usar mi fuerza de voluntad y mi sentido común para controlar esa tendencia. Es lo que intento.

A veces pienso que si estuviera lo suficientemente bien para escribir un poco aligeraría la presión de las ideas, y podría descansar.

Pero cada vez que lo intento me doy cuenta de que me agoto.

Desanima tanto que nadie me aconseje ni me haga compañía en mi trabajo. John dice que cuando me ponga realmente bien invitaremos al primo Henry y a Julia; pero dice que en este momento preferiría ponerme petardos en la almohada antes de dejarme en una compañía tan estimulante.

Ojalá me curara más deprisa.

Pero no tengo que pensar en eso. ¡Parece como si el empapelado supiera la mala influencia que ejerce sobre mí!

Hay un punto recurrente donde el dibujo se dobla como un cuello roto, y te miran dos ojos saltones puestos al revés.

Literatura Norteamericana

Me enfurece la impertinencia y perseverancia que tiene. Esos ojos absurdos aparecen por todos lados sin pestañear y reptan hacia arriba, hacia abajo, y de costado. Hay un lugar donde dos rollos no encajan bien, y los ojos quedan desfasados, uno más alto que el otro.

Nunca había visto tanta expresión en una cosa inanimada, ¡y todos sabemos cuánto pueden expresar! De niña me quedaba despierta en la cama, y encontraba más entretenimiento y terror en una pared en blanco o un mueble común y corriente que la mayoría de los niños encuentran en una juguetería.

Aún recuerdo la simpatía con que me guiñaban el ojo las perillas de nuestro escritorio antiguo, y había una silla a la que siempre tuve por una amiga fiel.

Me parecía que si alguna de las demás cosas tenía un aspecto demasiado amenazador siempre podía subirme a la silla y ponerme a salvo.

Sin embargo, su falta de armonía no es lo peor del mobiliario de esta habitación, porque tuvimos que subirlo de la planta baja. Supongo que al usarse como sala de juegos tuvieron que quitar todos los muebles de cuando eran pequeños. ¡No me extraña! Nunca he visto tanto destrozo como han hecho estos niños.

Ya he dicho que el empapelado está arrancado en varios sitios, y eso que estaba tan pegado a la pared como un hermano, lo deben haber hecho con tanta perseverancia como odio.

El suelo, además, está astillado y cubierto de rayones y surcos; el yeso mismo tiene algún que otro boquete; y esta cama tan grande y pesada, que es lo único que encontramos en la habitación, parece que pasó por una guerra.

Pero no me molesta nada de eso, excepto el empapelado.

Ahí viene la hermana de John. ¡Qué joven tan amable y cómo me cuida! Que no me encuentre escribiendo.

Es un ama de casa perfecta y entusiasta, y no aspira a ninguna profesión mejor. ¡Estoy completamente convencida de que es el escribir lo que me enfermó!

Pero puedo escribir cuando no está y verla de lejos por las ventanas.

Hay una que da a la carretera, una hermosa carretera umbría y sinuosa, y otra que sólo mira al campo. Un hermoso campo, también, cubierto de olmos frondosos, y de prados aterciopelados.

Este empapelado tiene una especie de dibujo secundario en otro color; que es particularmente irritante, porque sólo se ve cuando la luz entra de cierta manera y ni siquiera así queda nítido.

Pero en las partes donde no se ha descolorido y donde da el sol de esa manera, veo una especie de figura extraña, provocativa, amorfa, que parece acechar por detrás de ese dibujo principal tan tonto y llamativo.

¡Ahí viene la hermana subiendo las escaleras!

¡Bien, ya ha pasado el cuatro de julio! Se han marchado todos y estoy agotada. John pensó que me ayudaría ver gente, y por eso hemos tenido a mamá, a Nellie y a los niños durante una semana.

Yo no he hecho nada, claro. Ahora Jennie se ocupa de todo.

Pero igualmente me cansé.

John dice que si no mejoro me enviará en otoño a ver a Weir Mitchell².

² Silas Weir Mitchell (1829-1914), médico estadounidense y autor pionero de la 'cura por descanso' para las enfermedades nerviosas, trató a Charlotte en la primavera de 1887 cuando ella tenía 26 años. El tratamiento, que involucraba una total inactividad de parte del paciente, llevó a Charlotte al borde de la demencia.

Literatura Norteamericana

No quiero ir por nada del mundo. Una vez fue a verlo una amiga y dice que es igual que John y mi hermano, sólo que peor.

Además, es tanto esfuerzo hacer un viaje tan largo.

Tengo la sensación de que no vale la pena ceder, y me estoy poniendo muy ansiosa e irritable.

Lloro por nada, y me paso casi todo el día llorando. Por supuesto no cuando está John o alguien más, sino cuando estoy sola.

Y paso mucho tiempo sola ahora. A menudo John pasa mucho tiempo en la ciudad por casos importantes, y Jennie es buena y me deja sola siempre que se lo pido.

Entonces paseo por el jardín o por aquel camino tan hermoso, me siento en el porche bajo las rosas, y paso bastante tiempo recostada aquí arriba.

Me está gustando mucho el dormitorio, a pesar del empapelado. Quizás *debido* al empapelado

¡Lo tengo tan metido en la cabeza!

Me recuesto en la cama enorme e imposible de mover (creo que está clavada al piso), y me paso horas siguiendo el dibujo. Les aseguro que es como hacer gimnasia. Empiezo, digamos, por la base en aquella esquina donde no lo han arrancado y me determino por milésima vez a *seguir* ese dibujo sin sentido hasta llegar a algún tipo de conclusión.

Algo sé de los principios del diseño, y veo que esta cosa no sigue ninguna ley de radiación, alternancia, repetición, simetría o cualquiera otra de la que haya oído.

Se repite por supuesto debido a los rollos, pero no por otras cosas.

Según cómo se mire, cada rollo es independiente, y las recargadas curvas y floreos (una especie de estilo “románico decadente” con *delirium tremens*) se menean arriba y abajo en columnas aisladas de fatuidad.

Pero, por otro lado, se conectan en diagonal, y el desborde de líneas crea grandes olas inclinadas de horror óptico, como un montón de algas revolcándose en total persecución.

Todo se mueve en sentido horizontal también, o al menos lo parece, y me agoto tratando de distinguir el orden de su movimiento en esa dirección.

Han usado un rollo horizontal a modo de friso, y eso aumenta admirablemente la confusión.

Hay una esquina de la habitación donde está casi intacto, y allí, cuando se desvanecen las luces entrecruzadas y el sol bajo brilla directamente sobre ella, después de todo casi puedo imaginar un dibujo irradiado. Los interminables grotescos parecen distribuirse alrededor de un centro común, y salir todos disparados en zambullidas con el mismo desenfreno.

Me cansa seguirlo. Supongo que voy a tomar una siesta.

No sé por qué debería escribir esto.

No quiero hacerlo.

No me siento capaz. Además, sé que a John le parecería absurdo. ¡Pero de alguna manera tengo que decir lo que siento y lo que pienso! ¡Es un alivio tan grande...! Sin embargo, el esfuerzo se está volviendo más grande que el alivio. Ahora la mitad del tiempo siento una pereza horrible, y me acuesto cada vez más.

John dice que no tengo que perder fuerzas. Me hace tomar aceite de hígado de bacalao, muchos tónicos y cosas por el estilo; y ni hablar de la cerveza, el vino y la carne poco cocida.

Literatura Norteamericana

¡Querido John! Me ama tanto que odia tenerme enferma. El otro día intenté tener una conversación sincera y razonable con él para contarle cuántas ganas tengo de que me deje ir a visitar al primo Henry y Julia.

Pero dijo que no estaba en condiciones de viajar, ni de aguantar la estadía; y no me defendí demasiado bien, porque antes de terminar ya estaba llorando.

Me está costando mucho pensar claro. Supongo que es por esta debilidad nerviosa.

Y mi querido John me tomó en brazos, me llevó arriba, me metió en la cama, se sentó a mi lado y me leyó hasta que empecé a cabecear.

Dijo que yo era la niña de sus ojos, su consuelo y lo único que tenía en el mundo; y que por su bien tengo que cuidarme y estar bien.

Dice que de esto sólo puedo salir yo misma; que tengo que usar mi voluntad y mi autocontrol, y no dejarme vencer por fantasías tontas.

Una cosa me consuela: el bebé está saludable y feliz, y no tiene que estar en este espantoso cuarto, con su horrendo empapelado.

¡Si no lo hubiéramos usado nosotros habría sido para el pobre niño! ¡Qué suerte habérselo evitado! Por nada del mundo dejaría que un hijo mío, una cosita tan impresionable, viviera en una habitación así.

Nunca lo había pensado antes, pero después de todo es una suerte que John me dejara aquí, porque, verás, puedo soportarlo mucho mejor que un bebé.

Claro que ahora ya no se lo comento a nadie, ¡tan tonta no soy!, pero lo sigo vigilando de todas maneras.

Hay cosas en ese empapelado que nadie sabe más que yo; y nunca las sabrá. Detrás del dibujo principal cada día se destacan más las formas difusas. Siempre es la misma forma, sólo que muy repetida.

Y es como una mujer agachada, arrastrándose detrás del dibujo. No me gusta nada. Me pregunto... empiezo a pensar... ¡Desearía que John me sacara de aquí!

Es tan difícil hablar con John de mi caso, porque es tan inteligente, y porque me quiere tanto.

Sin embargo, lo intenté anoche.

Fue la luna. La luna entra por todos los lados igual que el sol.

Hay veces en que odio verla; va arrastrándose tan lentamente, y siempre entra por una ventana u otra.

John dormía, y como no me gusta despertarlo, me quedé quieta y miré la luz de la luna sobre el empapelado ondulante, hasta que me sentí perturbada.

Parecía que la figura borrosa detrás sacudiera el dibujo, como si quisiera salir.

Me levanté sigilosamente y fui a tocar el papel, a ver si era verdad que se movía, y cuando volví, John estaba despierto.

- ¿Qué te pasa, chiquita? -dijo-. No te pasees así, que te vas a resfriar.

Me pareció buen momento para hablar, entonces le dije que aquí no me estaba mejorando nada, y que desearía que me llevara a otra parte.

- ¡Pero cariño! -contestó-, nos quedan tres semanas de alquiler, y no se me ocurre ninguna manera de marcharnos antes.

-En casa aún no están hechas las reparaciones, y no puedo marcharme de la ciudad ahora. Por supuesto, si corriera algún peligro, podría hacerlo y lo haría, pero realmente estás mejor,

Literatura Norteamericana

cariño, aunque no te des cuenta. Soy médico, cariño, y sé lo que digo. Estás ganando peso y color, y tu apetito mejora, y realmente me siento mucho más tranquilo que antes.

- ¡No peso ni un gramo más -dije-; y puede que mi apetito haya mejorado por las noches, cuando estás tú, pero por la mañana, cuando te vas, está peor!

- ¡Pobre criaturita! -dijo John, abrazándome con fuerza; ¡ella se pondrá tan enferma como le plazca! Pero a ver si aprovechamos las horas del día durmiendo ahora y lo hablamos por la mañana.

- ¿O sea, que no quieres marcharte? -pregunté con voz triste.

- ¿Cómo quieres que me vaya, cariño? Tres semanas más y haremos un lindo viajecito por unos días, mientras Jennie pone la casa en condiciones. Estás mejor, cariño. Hazme caso.

-Físicamente puede que sí... -empecé a decir; pero me detuve, porque él se incorporó y me dirigió una mirada tan seria y cargada de reproche que no fui capaz de decir una palabra más.

- ¡Querida -dijo-, te ruego por mi bien y el de nuestro hijo, además del tuyo, que no dejes que se te meta esa idea ni por un segundo! Para un temperamento como el tuyo no hay nada más peligroso ni más fascinador. Es un capricho falso y tonto. ¿No confías en mi palabra de médico?

Yo, por supuesto, no dije nada más al respecto y no tardamos en acostarnos. Creyó que había sido la primera en dormirme, pero era mentira, y me quedé despierta varias horas, tratando de decidir si el dibujo principal y el de detrás se movían juntos o por separado.

En un dibujo como éste, a la luz del sol, hay una falta de secuencia, un desafío a las leyes, que produce una irritación constante en un cerebro normal.

El color de por sí ya es bastante repulsivo, bastante impredecible y exasperante, pero el dibujo es una tortura.

Parece que lo tienes dominado, pero justo cuando en cierto punto logras seguirlo da una voltereta hacia atrás, y listo. Te pega un bofetón, te tira al suelo y te pisotea. Es como una pesadilla.

El dibujo principal es un arabesco florido, que recuerda a un hongo. Hay que imaginarse una seta con articulaciones, una hilera interminable de setas, brotando y surgiendo en circunvoluciones sin fin. ¡Justo así!

¡Pero sólo a veces!

Hay una marcada peculiaridad acerca de este empapelado, algo de lo que nadie parece darse cuenta excepto yo, y que cambia según cambie la luz.

Cuando irrumpe el sol por la ventana del este (yo siempre vigilo la aparición de los primeros rayos directos), cambia tan deprisa que nunca acabo de creerlo.

Por eso siempre lo observo.

A la luz de la luna (cuando hay luna entra luz toda la noche) no podría decir que es el mismo papel.

¡De noche, sea cual sea la fuente de luz, el crepúsculo, una vela, la lámpara o la luz de la luna, lo cual es peor), se convierte en barrotes! Me refiero al dibujo principal, y la mujer detrás se ve con absoluta claridad.

No reconocí por mucho tiempo qué es lo que aparecía detrás, ese dibujo secundario impreciso, pero ahora estoy bastante segura de que es una mujer.

A la luz del día está sometida, callada. Me imagino que es el dibujo principal lo que la mantiene tan quieta. ¡Es tan desconcertante...! Me deja en silencio por horas.

Últimamente paso mucho tiempo acostada. John dice que me conviene, y que tengo que dormir todo lo que pueda.

De hecho, me impuso el hábito de acostarme por una hora luego de cada comida.

Estoy convencida de que es una muy mala costumbre, porque el caso es que no duermo.

Literatura Norteamericana

Y eso fomenta el engaño, porque no les digo que estoy despierta. ¡Ni hablar!

El caso es que le estoy tomando un poco de miedo a John.

Hay veces en que lo veo muy raro, y hasta Jennie tiene una mirada inexplicable.

¡Se me ocurre de vez en cuando, como mera hipótesis científica, que quizá sea el empapelado!

¡En más de una ocasión he observado a John sin que se diera cuenta, al entrar al dormitorio de repente con cualquier excusa inocente, y lo he sorprendido varias veces *mirando el empapelado*! A Jennie también. Una vez sorprendí a Jennie tocándolo.

¡Ella no sabía que yo estaba en la habitación, y cuando le pregunté con voz tranquila, muy tranquila, controlándome al máximo, qué hacía con el papel, se dio vuelta como si la hubieran sorprendido robando, me miró con cara de enfado y me preguntó por qué la asustaba así!

Luego dijo que el papel lo manchaba todo, que había encontrado manchas amarillas en toda mi ropa y en la de John, y que desearía que tuviéramos más cuidado.

Qué inocente, ¿verdad? ¡Pero sé que estaba estudiando el dibujo, y estoy decidida a ser la única que descubra la solución!

Mi vida se ha vuelto mucho más interesante de lo que solía ser. Es porque tengo algo más que esperar, que vigilar. La verdad es que como mejor y estoy más tranquila que antes.

¡John está tan contento de verme mejorar! El otro día se rió un poco y dijo que se me veía más sana, a pesar del empapelado.

Para no hablar del tema, me reí. No tenía la menor intención de decirle que la causa era justamente el empapelado; se habría burlado. Hasta puede que hubiera querido sacarme de esta casa.

Ahora no quiero irme hasta que lo haya descubierto. Queda una semana, y creo que será suficiente.

¡Me encuentro cada vez mejor! De noche no duermo mucho, por lo interesante que es observar el progreso; de día, en cambio, duermo bastante.

Durante el día, cansa y desconcierta.

Siempre hay nuevos brotes en el hongo, y nuevos matices de amarillo por todo el dibujo. Ni siquiera puedo llevar la cuenta, aunque lo he intentado a conciencia.

¡Qué amarillo más raro, el del empapelado! Me recuerda todas las cosas amarillas que he visto en mi vida; no cosas bonitas como los ranúnculos, sino viejas cosas amarillas, podridas y malas.

Pero hay todavía algo más acerca del papel: ¡el olor! Lo noté en cuanto entramos en la habitación, pero con tanto aire y sol no molestaba. Ahora llevamos una semana de niebla y lluvia y da igual que estén cerradas o abiertas las ventanas, el olor sigue allí.

Se arrastra por toda la casa.

Lo encuentro flotando en el comedor, agazapándose en el salón, escondiéndose en el vestíbulo, acechándome en la escalera.

Se me mete en el pelo. Hasta cuando salgo a cabalgar; si de repente gira la cabeza y lo sorprendo: ¡ahí está el olor!

¡Y qué raro es! Me he pasado horas intentando analizarlo, para saber a qué olía.

Malo no es, al menos al principio; y es muy suave, pero es el olor más sutil y persistente que haya sentido en mi vida.

Literatura Norteamericana

Con clima húmedo resulta asqueroso; de noche me despierto y lo descubro flotando sobre mí.

Al principio me molestaba. Llegué a pensar seriamente en quemar la casa, sólo para llegar hasta ese olor.

Ahora, en cambio, me he acostumbrado. ¡Lo único que se me ocurre es que se parece al *color* del papel! Un olor amarillo.

Hay una marca muy rara en la pared, muy abajo, cerca del zócalo. Una raya que recorre toda la habitación. Pasa por detrás de todos los muebles, excepto la cama; una *mancha* larga, recta y uniforme, como si hubiese sido frotada una y otra vez.

Me pregunto cómo la hicieron, quién la hizo, y para qué la hizo. Vueltas, vueltas y vueltas. Vueltas, vueltas y vueltas. ¡Me marea!

Por fin he hecho un verdadero hallazgo. A fuerza de mirarlo cada noche, cuando cambia tanto, finalmente lo descubrí. El dibujo de adelante se mueve, efectivamente, ¡y no me extraña! ¡Es la mujer detrás la que lo sacude!

A veces pienso que detrás hay varias mujeres: otras veces que sólo hay una, y se arrastra a toda velocidad y que el hecho de arrastrarse lo sacude todo.

En las partes muy iluminadas se queda quieta, mientras que en las más oscuras aferra las barras y las sacude con fuerza.

Y todo el tiempo está tratando de atravesarlas. Pero nadie puede atravesar ese dibujo, ¡es tan sofocante! Creo que es la razón por la que tiene tantas cabezas.

¡Lo atraviesan, y luego el dibujo las estrangula, las deja boca abajo y les pone los ojos en blanco!

Si las cabezas estuvieran cubiertas, o arrancadas, no sería ni la mitad de desagradables.

¡Me parece que la mujer sale de día! Voy a decirte por qué, en privado: ¡la he visto! ¡La veo en cada una de las ventanas!

Estoy segura de que es la misma mujer, porque siempre se arrastra, y la mayoría de las mujeres no se arrastran a la luz del día.

La veo en el sendero largo y umbrío, arrastrándose de aquí para allá. La veo en las pérgolas de parras oscuras, arrastrándose por todo el jardín.

La veo por el camino largo que pasa debajo de los árboles, arrastrándose de aquí para allá, y cuando pasa un carruaje se esconde debajo de las zarzamoras.

No la culpo para nada. ¡Debe de ser muy humillante que te sorprendan arrastrándote en pleno día!

Siempre cierro con llave cuando me arrastro de día. De noche no puedo, porque sé que John enseguida sospecharía algo.

Y últimamente está tan raro que prefiero no irritarlo. ¡Ojalá se cambiara de habitación! Además, no quiero que nadie saque a esa mujer de noche excepto yo misma.

A menudo me pregunto si podría verla por todas las ventanas al mismo tiempo. Pero por más rápido que me dé vuelta, sólo consigo mirar por una ventana a la vez. ¡Y aunque siempre la veo, puede ser capaz de arrastrarse más rápido de lo que yo me doy vuelta!

Alguna vez la he visto lejos, en campo abierto, arrastrándose con la misma rapidez que la sombra de una nube en un día de viento.

Literatura Norteamericana

¡Ojalá el dibujo de arriba pudiera separarse del de debajo! Me propongo intentarlo, poco a poco.

¡He descubierto otra cosa extraña, pero esta vez no pienso decirla! No conviene fiarse demasiado de la gente.

Sólo quedan dos días para quitar el papel, y me parece que John empieza a notar algo. No me gusta cómo me mira.

Y lo oí hacer a Jennie muchas preguntas profesionales sobre mí. Ella le dio un muy buen informe.

Dijo que de día dormía mucho. ¡John sabe que de noche no duermo demasiado bien, y eso que casi no me muevo! También me hizo toda clase de preguntas, fingiéndose muy tierno y atento.

¡Como si no se le notara!

De todos modos, no me sorprende que se comporte así, después de dormir tres meses debajo de este papel.

Lo mío sólo es interés, pero estoy segura de que a John y a Jennie, en secreto, les afecta.

¡Hurra! Es el último día, pero es suficiente. John pasó la noche en la ciudad, y no volverá hasta el anochecer.

Jennie quería dormir conmigo, ¡qué astuta!, pero le dije que sin dudas descansaría mucho mejor quedándose toda la noche sola.

¡Eso fue muy hábil, porque la verdad es que no estaba sola en absoluto! En cuanto salió la luna y esa pobre mujer empezó a arrastrarse y sacudir el dibujo, me levanté y corrí a ayudarla.

Yo tironeaba, y ella sacudía; yo sacudía y ella tironeaba, y antes del amanecer habíamos arrancado varios metros de papel.

Una franja como yo de alta, y de ancha como la mitad de la habitación.

¡Y luego cuando salió el sol y ese dibujo horrible comenzó a reírse de mí, juré acabar con él hoy mismo!

Nos vamos mañana, y están trasladando todos mis muebles a la planta baja para dejarlo todo como estaba antes.

Jennie miró la pared con asombro, pero le dije alegremente que lo hice por puro rencor, por lo maliciosa que era esa cosa.

Se rió y me dijo que no le habría importado hacerlo ella misma, pero que no debo cansarme.

¡Qué manera de quedar en evidencia!

Pero aquí estoy, y a este empapelado no lo toca nadie más que yo. ¡nadie vivo!

Intentó sacarme de la habitación, ¡era tan obvio! Pero le dije que ahora estaba tan silenciosa, vacía y limpia que pensaba acostarme otra vez y dormir todo lo que pudiera; y que no me despertara ni para cenar; ya le avisaría yo cuando me estuviera despierta.

Así que se ha marchado, y los criados no están, y las cosas no están y no queda nada más que la cama clavada al suelo, con el colchón de lona que encontramos encima.

Esta noche dormiremos abajo, y mañana tomaremos el barco a casa.

Me gusta bastante esta habitación, ahora que está vacía de nuevo.

¡Qué destrozos hicieron los niños!

¡La cama está bastante roída!

Pero tengo que poner manos a la obra.

He cerrado la puerta y he tirado la llave al camino de delante.

No quiero salir, ni quiero que entre nadie hasta que llegue John.

Literatura Norteamericana

Quiero dejarlo atónito.

Tengo una cuerda que ni siquiera Jennie encontró. ¡Así, si sale la mujer y quiere escaparse, podré atarla! ¡Pero me olvidé de que no puedo llegar muy arriba si no tengo nada a que subirme!

¡Esta cama no hay quien la mueva!

He intentado levantarla y empujarla hasta quedarme agarrotada, y entonces me enojé tanto que le arranqué un trozo de un mordisco en una esquina; pero me lastimó los dientes.

Después arranqué todo el empapelado hasta donde alcanzaba de pie en el suelo. ¡Está pegadísimo, y el dibujo lo disfruta tanto! ¡Todas esas cabezas estranguladas y los ojos saltones, y los hongos meneándose, todos se mofan de mí a gritos!

Me estoy enojando tanto que acabaré haciendo algo desesperado. Saltar por la ventana sería un ejercicio admirable, pero las barras son demasiado fuertes para intentarlo.

Además, tampoco lo haría. Por supuesto que no. Sé perfectamente que sería un acto impropio, y que podría interpretarse mal.

Ni siquiera me gusta *mirar* por las ventanas. ¡Hay tantas mujeres arrastrándose, y se arrastran tan rápido!

¿Me pregunto si todas ellas salen del papel, como salí yo?

Pero ahora estoy bien sujeta con mi cuerda bien oculta. ¡A mí sí que no me sacan a la carretera!

Supongo que cuando se haga de noche tendré que volver detrás del dibujo; ¡y eso cuesta! ¡Es tan agradable estar en esta habitación tan grande, y arrastrarme todo lo que quiera! No quiero salir. No lo haré, ni que me lo pida Jennie.

Porque fuera hay que arrastrarse por el suelo, y todo es verde en vez de amarillo.

Aquí, en cambio, puedo arrastrarme por el suelo liso, y mi hombro se ajusta perfectamente a la mancha larga en la pared, de modo que no pierdo el rumbo.

¡John está del otro lado de la puerta!

¡Es inútil, jovencito, no podrás abrirla!

¡Qué berridos, y qué golpes!

¡Ahora pide un hacha a gritos!

¡Sería una lástima destrozar una puerta tan bonita!

- ¡John, querido! -dije con la voz más amable, ¡la llave está al lado de la escalera de entrada, debajo de una hoja!

Con eso se ha callado un rato. Luego ha dicho (con mucha serenidad): ¡Abre la puerta, cariño! No puedo -le contesté-. ¡La llave está al lado de la puerta principal, debajo de una hoja!

Luego lo repetí varias veces, muy amable y lentamente; lo dije tantas veces que tuvo que bajar a comprobarlo y la encontró por supuesto, y volvió a entrar. Se quedó a un paso del umbral.

- ¿Qué pasa? -gritó-. Pero por el amor de Dios ¿qué estás haciendo? Yo seguí arrastrándome como si nada, pero lo he mirado por encima del hombro.

-Por fin he salido -dije-, a pesar de ti y Jane. ¡Y he arrancado casi todo el papel, para que no puedan volver a meterme!

¿Por qué se habrá desmayado? El caso es que lo hizo, y justo atravesando mi camino por la pared, así que a cada vuelta tenía que pasar por encima de él.

Charlotte Perkins Gilman, “Por qué escribí ‘El empapelado amarillo’” (1913)³

Artículo originalmente publicado en el n° 13 de *The Forerunner* (revista editada por la autora) el 19 de octubre de 1913.

Muchísimos lectores han preguntado eso. Cuando el relato se publicó por primera vez, en *New England Magazine* alrededor de 1891, un médico de Boston realizó una protesta en *The Transcript*⁴. Una historia semejante no debería ser escrita, dijo; era suficiente para volver loco a quienquiera que la leyese.

Otro médico, en Kansas creo, escribió para decir que era la mejor descripción de la locura incipiente que había visto, y – pidiéndome disculpas – ¿acaso yo la había experimentado?

La historia detrás de la historia es la siguiente:

Durante muchos años sufrí un severo y continuo colapso nervioso tendiendo a la melancolía – y aún más. Alrededor del tercer año de este problema visité, con una fe devota y una débil esperanza naciente, a un renombrado especialista en enfermedades nerviosas, el más conocido del país. Este hombre sabio me metió en la cama y ordenó una cura de descanso, a la cual un físico aún en buenas condiciones respondió tan prontamente que él concluyó no había nada malo en mí, y me envió a casa con el solemne consejo de “vivir una vida tan doméstica como fuera posible”, “no tener más de dos horas de vida intelectual por día”, y “nunca más tocar una pluma, un pincel o un lápiz” por el resto de mi vida.

Esto sucedió en 1887.

Volví a casa y obedecí esas directivas durante unos tres meses, y llegue a estar tan cerca de la frontera con la ruina mental más absoluta que podía ver el otro lado.

Entonces, usando los restos de inteligencia que quedaban, y con ayuda de una sabia amiga, dejé que a los consejos de este afamado especialista se los llevara el viento, y me puse a trabajar nuevamente -- trabajar, la vida normal de todo ser humano; retomé el trabajo, donde se encuentra la dicha y el crecimiento y el ser útil, sin el cual uno es un indigente y un parásito -- recuperando en última instancia una cuota de poder.

Sintiéndome naturalmente impulsada a regocijarme por haberme salvado a duras penas, escribí “El empapelado amarillo”, con sus embellecimientos y agregados, para llevar adelante el ideal (Nunca tuve alucinaciones ni puse objeciones a la decoración de mis paredes) y envié una copia al médico que casi me hizo enloquecer. Nunca acusó recibo.

El librito es valorado por los alienistas y es un buen espécimen de una clase de literatura. Según tengo conocimiento, ha salvado a una mujer de un destino similar – aterrizando tanto a su familia que le permitieron desarrollar una actividad normal y se recuperó.

Pero el mejor resultado es este. Muchos años más tarde me contaron que el gran especialista admitió frente a algunos amigos suyos que había alterado su tratamiento de la neurastenia después de haber leído “El empapelado amarillo”.

No fue escrito con la intención de volver loca a la gente, sino de salvarlos de enloquecer, y funcionó.

³ Traducción de Patricia L. Lozano.

⁴ Se refiere al periódico *Boston Evening Transcript*, que se publicó en esa ciudad desde el 24 de Julio de 1830 hasta el 30 de abril de 1941.

Charlotte Perkins Gilman "The Yellow Wallpaper" (1892)

Charlotte Perkins Gilman, *The Yellow Wallpaper*, first published 1899 by Small & Maynard, Boston, MA.

It is very seldom that mere ordinary people like John and myself secure ancestral halls for the summer. A colonial mansion, a hereditary estate, I would say a haunted house, and reach the height of romantic felicity -- but that would be asking too much of fate!

Still I will proudly declare that there is something queer about it.

Else, why should it be let so cheaply? And why have stood so long untenanted?

John laughs at me, of course, but one expects that in marriage.

John is practical in the extreme. He has no patience with faith, an intense horror of superstition, and he scoffs openly at any talk of things not to be felt and seen and put down in figures.

John is a physician, and *perhaps* -- (I would not say it to a living soul, of course, but this is dead paper and a great relief to my mind) -- *perhaps* that is one reason I do not get well faster.

You see he does not believe I am sick!

And what can one do?

If a physician of high standing, and one's own husband, assures friends and relatives that there is really nothing the matter with one but temporary nervous depression -- a slight hysterical tendency -- what is one to do?

My brother is also a physician, and also of high standing, and he says the same thing.

So I take phosphates or phosphites -whichever it is, and tonics, and journeys, and air, and exercise, and am absolutely forbidden to "work" until I am well again.

Personally, I disagree with their ideas.

Personally, I believe that congenial work, with excitement and change, would do me good.

But what is one to do?

I did write for a while in spite of them; but it does exhaust me a good deal -- having to be too sly about it, or else meet with heavy opposition.

I sometimes fancy that in my condition if I had less opposition and more society and stimulus -- but John says the very worst thing I can do is to think about my condition, and I confess it always makes me feel bad.

So I will let it alone and talk about the house.

The most beautiful place! It is quite alone standing well back from the road, quite three miles from the village. It makes me think of English places that you read about, for there are hedges and walls and gates that lock, and lots of separate little houses for the gardeners and people.

There is a *delicious* garden! I never saw such a garden -- large and shady, full of box-bordered paths, and lined with long grape-covered arbors with seats under them.

There were greenhouses, too, but they are all broken now.

There was some legal trouble, I believe, something about the heirs and coheirs; anyhow, the place has been empty for years.

That spoils my ghostliness, I am afraid, but I don't care -- there is something strange about the house -- I can feel it.

I even said so to John one moonlight evening but he said what I felt was a *draught*, and shut the window.

I get unreasonably angry with John sometimes. I'm sure I never used to be so sensitive. I think it is due to this nervous condition.

Literatura Norteamericana

But John says if I feel so, I shall neglect proper self-control; so I take pains to control myself -- before him, at least, and that makes me very tired.

I don't like our room a bit. I wanted one downstairs that opened on the piazza and had roses all over the window, and such pretty old-fashioned chintz hangings! but John would not hear of it.

He said there was only one window and not room for two beds, and no near room for him if he took another.

He is very careful and loving, and hardly lets me stir without special direction.

I have a schedule prescription for each hour in the day; he takes all care from me, and so I feel basely ungrateful not to value it more.

He said we came here solely on my account, that I was to have perfect rest and all the air I could get. "Your exercise depends on your strength, my dear," said he, "and your food somewhat on your appetite; but air you can absorb all the time." So we took the nursery at the top of the house.

It is a big, airy room, the whole floor nearly, with windows that look all ways, and air and sunshine galore. It was nursery first and then playroom and gymnasium, I should judge; for the windows are barred for little children, and there are rings and things in the walls.

The paint and paper look as if a boys' school had used it. It is stripped off -- the paper in great patches all around the head of my bed, about as far as I can reach, and in a great place on the other side of the room low down. I never saw a worse paper in my life.

One of those sprawling flamboyant patterns committing every artistic sin.

It is dull enough to confuse the eye in following, pronounced enough to constantly irritate and provoke study, and when you follow the lame uncertain curves for a little distance they suddenly commit suicide -- plunge off at outrageous angles, destroy themselves in unheard of contradictions.

The color is repellent, almost revolting; a smouldering unclean yellow, strangely faded by the slow-turning sunlight.

It is a dull yet lurid orange in some places, a sickly sulphur tint in others. No wonder the children hated it! I should hate it myself if I had to live in this room long. There comes John, and I must put this away, -- he hates to have me write a word.

We have been here two weeks, and I haven't felt like writing before, since that first day.

I am sitting by the window now, up in this atrocious nursery, and there is nothing to hinder my writing as much as I please, save lack of strength.

John is away all day, and even some nights when his cases are serious.

I am glad my case is not serious!

But these nervous troubles are dreadfully depressing.

John does not know how much I really suffer. He knows there is no reason to suffer, and that satisfies him.

Of course it is only nervousness. It does weigh on me so not to do my duty in any way!

I meant to be such a help to John, such a real rest and comfort, and here I am a comparative burden already!

Nobody would believe what an effort it is to do what little I am able, -- to dress and entertain, and order things.

It is fortunate Mary is so good with the baby. Such a dear baby! And yet I cannot be with him, it makes me so nervous. I suppose John never was nervous in his life. He laughs at me so about this wall-paper!

Literatura Norteamericana

At first he meant to repaper the room, but afterwards he said that I was letting it get the better of me, and that nothing was worse for a nervous patient than to give way to such fancies.

He said that after the wall-paper was changed it would be the heavy bedstead, and then the barred windows, and then that gate at the head of the stairs, and so on.

"You know the place is doing you good," he said, "and really, dear, I don't care to renovate the house just for a three months' rental."

"Then do let us go downstairs," I said, "there are such pretty rooms there."

Then he took me in his arms and called me a blessed little goose, and said he would go down to the cellar, if I wished, and have it whitewashed into the bargain.

But he is right enough about the beds and windows and things.

It is an airy and comfortable room as any one need wish, and, of course, I would not be so silly as to make him uncomfortable just for a whim.

I'm really getting quite fond of the big room, all but that horrid paper.

Out of one window I can see the garden, those mysterious deepshaded arbors, the riotous old-fashioned flowers, and bushes and gnarly trees.

Out of another I get a lovely view of the bay and a little private wharf belonging to the estate. There is a beautiful shaded lane that runs down there from the house. I always fancy I see people walking in these numerous paths and arbors, but John has cautioned me not to give way to fancy in the least. He says that with my imaginative power and habit of story-making, a nervous weakness like mine is sure to lead to all manner of excited fancies, and that I ought to use my will and good sense to check the tendency. So I try.

I think sometimes that if I were only well enough to write a little it would relieve the press of ideas and rest me.

But I find I get pretty tired when I try.

It is so discouraging not to have any advice and companionship about my work. When I get really well, John says we will ask Cousin Henry and Julia down for a long visit; but he says he would as soon put fireworks in my pillow-case as to let me have those stimulating people about now.

I wish I could get well faster.

But I must not think about that. This paper looks to me as if it knew what a vicious influence it had!

There is a recurrent spot where the pattern lolls like a broken neck and two bulbous eyes stare at you upside down.

I get positively angry with the impertinence of it and the everlastingness. Up and down and sideways they crawl, and those absurd, unblinking eyes are everywhere. There is one place where two breaths didn't match, and the eyes go all up and down the line, one a little higher than the other.

I never saw so much expression in an inanimate thing before, and we all know how much expression they have! I used to lie awake as a child and get more entertainment and terror out of blank walls and plain furniture than most children could find in a toy-store.

I remember what a kindly wink the knobs of our big, old bureau used to have, and there was one chair that always seemed like a strong friend.

I used to feel that if any of the other things looked too fierce I could always hop into that chair and be safe.

The furniture in this room is no worse than inharmonious, however, for we had to bring it all from downstairs. I suppose when this was used as a playroom they had to take the nursery things out, and no wonder! I never saw such ravages as the children have made here.

Literatura Norteamericana

The wall-paper, as I said before, is torn off in spots, and it sticketh closer than a brother - they must have had perseverance as well as hatred.

Then the floor is scratched and gouged and splintered, the plaster itself is dug out here and there, and this great heavy bed which is all we found in the room, looks as if it had been through the wars.

But I don't mind it a bit -- only the paper.

There comes John's sister. Such a dear girl as she is, and so careful of me! I must not let her find me writing.

She is a perfect and enthusiastic housekeeper, and hopes for no better profession. I verily believe she thinks it is the writing which made me sick!

But I can write when she is out, and see her a long way off from these windows.

There is one that commands the road, a lovely shaded winding road, and one that just looks off over the country. A lovely country, too, full of great elms and velvet meadows.

This wall-paper has a kind of sub-pattern in a different shade, a particularly irritating one, for you can only see it in certain lights, and not clearly then.

But in the places where it isn't faded and where the sun is just so -- I can see a strange, provoking, formless sort of figure, that seems to skulk about behind that silly and conspicuous front design.

There's sister on the stairs!

Well, the Fourth of July is over! The people are all gone and I am tired out. John thought it might do me good to see a little company, so we just had mother and Nellie and the children down for a week.

Of course I didn't do a thing. Jennie sees to everything now.

But it tired me all the same.

John says if I don't pick up faster he shall send me to Weir Mitchell in the fall.

But I don't want to go there at all. I had a friend who was in his hands once, and she says he is just like John and my brother, only more so!

Besides, it is such an undertaking to go so far.

I don't feel as if it was worth while to turn my hand over for anything, and I'm getting dreadfully fretful and querulous.

I cry at nothing, and cry most of the time. Of course I don't when John is here, or anybody else, but when I am alone.

And I am alone a good deal just now. John is kept in town very often by serious cases, and Jennie is good and lets me alone when I want her to.

So I walk a little in the garden or down that lovely lane, sit on the porch under the roses, and lie down up here a good deal.

I'm getting really fond of the room in spite of the wall-paper. Perhaps *because* of the wall-paper.

It dwells in my mind so!

I lie here on this great immovable bed -it is nailed down, I believe -- and follow that pattern about by the hour. It is as good as gymnastics, I assure you. I start, we'll say, at the bottom, down in the corner over there where it has not been touched, and I determine for the thousandth time that I *will* follow that pointless pattern to some sort of a conclusion.

I know a little of the principle of design, and I know this thing was not arranged on any laws of radiation, or alternation, or repetition, or symmetry, or anything else that I ever heard of.

Literatura Norteamericana

It is repeated, of course, by the breadths, but not otherwise.

Looked at in one way each breadth stands alone, the bloated curves and flourishes -a kind of "debased Romanesque" with *delirium tremens* -- go waddling up and down in isolated columns of fatuity.

But, on the other hand, they connect diagonally, and the sprawling outlines run off in great slanting waves of optic horror, like a lot of wallowing seaweeds in full chase.

The whole thing goes horizontally, too, at least it seems so, and I exhaust myself in trying to distinguish the order of its going in that direction.

They have used a horizontal breadth for a frieze, and that adds wonderfully to the confusion.

There is one end of the room where it is almost intact, and there, when the crosslights fade and the low sun shines directly upon it, I can almost fancy radiation after all, -- the interminable grotesques seem to form around a common centre and rush off in headlong plunges of equal distraction.

It makes me tired to follow it. I will take a nap I guess.

I don't know why I should write this.

I don't want to.

I don't feel able. And I know John would think it absurd. But I must say what I feel and think in some way -- it is such a relief! But the effort is getting to be greater than the relief. Half the time now I am awfully lazy, and lie down ever so much.

John says I mustn't lose my strength, and has me take cod liver oil and lots of tonics and things, to say nothing of ale and wine and rare meat.

Dear John! He loves me very dearly, and hates to have me sick. I tried to have a real earnest reasonable talk with him the other day, and tell him how I wish he would let me go and make a visit to Cousin Henry and Julia.

But he said I wasn't able to go, nor able to stand it after I got there; and I did not make out a very good case for myself, for I was crying before I had finished.

It is getting to be a great effort for me to think straight. Just this nervous weakness I suppose.

And dear John gathered me up in his arms, and just carried me upstairs and laid me on the bed, and sat by me and read to me till it tired my head.

He said I was his darling and his comfort and all he had, and that I must take care of myself for his sake, and keep well.

He says no one but myself can help me out of it, that I must use my will and self-control and not let any silly fancies run away with me.

There's one comfort, the baby is well and happy, and does not have to occupy this nursery with the horrid wall-paper.

If we had not used it, that blessed child would have! What a fortunate escape! Why, I wouldn't have a child of mine, an impressionable little thing, live in such a room for worlds.

I never thought of it before, but it is lucky that John kept me here after all, I can stand it so much easier than a baby, you see.

Of course I never mention it to them any more -- I am too wise, -- but I keep watch of it all the same.

There are things in that paper that nobody knows but me, or ever will. Behind that outside pattern the dim shapes get clearer every day. It is always the same shape, only very numerous.

Literatura Norteamericana

And it is like a woman stooping down and creeping about behind that pattern. I don't like it a bit. I wonder -- I begin to think -- I wish John would take me away from here!

It is so hard to talk with John about my case, because he is so wise, and because he loves me so.

But I tried it last night.

It was moonlight. The moon shines in all around just as the sun does.

I hate to see it sometimes, it creeps so slowly, and always comes in by one window or another.

John was asleep and I hated to waken him, so I kept still and watched the moonlight on that undulating wall-paper till I felt creepy.

The faint figure behind seemed to shake the pattern, just as if she wanted to get out.

I got up softly and went to feel and see if the paper *did* move, and when I came back John was awake.

"What is it, little girl?" he said. "Don't go walking about like that -- you'll get cold."

I thought it was a good time to talk, so I told him that I really was not gaining here, and that I wished he would take me away.

"Why darling!" said he, "our lease will be up in three weeks, and I can't see how to leave before.

"The repairs are not done at home, and I cannot possibly leave town just now. Of course if you were in any danger, I could and would, but you really are better, dear, whether you can see it or not. I am a doctor, dear, and I know. You are gaining flesh and color, your appetite is better, I feel really much easier about you."

"I don't weigh a bit more," said I, "nor as much; and my appetite may be better in the evening when you are here, but it is worse in the morning when you are away!"

"Bless her little heart!" said he with a big hug, "she shall be as sick as she pleases! But now let's improve the shining hours by going to sleep, and talk about it in the morning!"

"And you won't go away?" I asked gloomily.

"Why, how can I, dear? It is only three weeks more and then we will take a nice little trip of a few days while Jennie is getting the house ready. Really dear you are better!"

"Better in body perhaps --" I began, and stopped short, for he sat up straight and looked at me with such a stern, reproachful look that I could not say another word.

"My darling," said he, "I beg of you, for my sake and for our child's sake, as well as for your own, that you will never for one instant let that idea enter your mind! There is nothing so dangerous, so fascinating, to a temperament like yours. It is a false and foolish fancy. Can you not trust me as a physician when I tell you so?"

So of course I said no more on that score, and we went to sleep before long. He thought I was asleep first, but I wasn't, and lay there for hours trying to decide whether that front pattern and the back pattern really did move together or separately.

On a pattern like this, by daylight, there is a lack of sequence, a defiance of law, that is a constant irritant to a normal mind.

The color is hideous enough, and unreliable enough, and infuriating enough, but the pattern is torturing.

Literatura Norteamericana

You think you have mastered it, but just as you get well underway in following, it turns a back somersault and there you are. It slaps you in the face, knocks you down, and tramples upon you. It is like a bad dream.

The outside pattern is a florid arabesque, reminding one of a fungus. If you can imagine a toadstool in joints, an interminable string of toadstools, budding and sprouting in endless convolutions -- why, that is something like it.

That is, sometimes!

There is one marked peculiarity about this paper, a thing nobody seems to notice but myself, and that is that it changes as the light changes.

When the sun shoots in through the east window -- I always watch for that first long, straight ray -- it changes so quickly that I never can quite believe it.

That is why I watch it always.

By moonlight -- the moon shines in all night when there is a moon -- I wouldn't know it was the same paper.

At night in any kind of light, in twilight, candlelight, lamplight, and worst of all by moonlight, it becomes bars! The outside pattern I mean, and the woman behind it is as plain as can be.

I didn't realize for a long time what the thing was that showed behind, that dim sub-pattern, but now I am quite sure it is a woman.

By daylight she is subdued, quiet. I fancy it is the pattern that keeps her so still. It is so puzzling. It keeps me quiet by the hour.

I lie down ever so much now. John says it is good for me, and to sleep all I can.

Indeed he started the habit by making me lie down for an hour after each meal.

It is a very bad habit I am convinced, for you see I don't sleep.

And that cultivates deceit, for I don't tell them I'm awake -- O no!

The fact is I am getting a little afraid of John.

He seems very queer sometimes, and even Jennie has an inexplicable look.

It strikes me occasionally, just as a scientific hypothesis, -- that perhaps it is the paper!

I have watched John when he did not know I was looking, and come into the room suddenly on the most innocent excuses, and I've caught him several times *looking at the paper*! And Jennie too. I caught Jennie with her hand on it once.

She didn't know I was in the room, and when I asked her in a quiet, a very quiet voice, with the most restrained manner possible, what she was doing with the paper -- she turned around as if she had been caught stealing, and looked quite angry -- asked me why I should frighten her so!

Then she said that the paper stained everything it touched, that she had found yellow smooches on all my clothes and John's, and she wished we would be more careful!

Did not that sound innocent? But I know she was studying that pattern, and I am determined that nobody shall find it out but myself!

Life is very much more exciting now than it used to be. You see I have something more to expect, to look forward to, to watch. I really do eat better, and am more quiet than I was.

John is so pleased to see me improve! He laughed a little the other day, and said I seemed to be flourishing in spite of my wall-paper.

I turned it off with a laugh. I had no intention of telling him it was because of the wall-paper -- he would make fun of me. He might even want to take me away.

Literatura Norteamericana

I don't want to leave now until I have found it out. There is a week more, and I think that will be enough.

I'm feeling ever so much better! I don't sleep much at night, for it is so interesting to watch developments; but I sleep a good deal in the daytime.

In the daytime it is tiresome and perplexing.

There are always new shoots on the fungus, and new shades of yellow all over it. I cannot keep count of them, though I have tried conscientiously.

It is the strangest yellow, that wall-paper! It makes me think of all the yellow things I ever saw -- not beautiful ones like buttercups, but old foul, bad yellow things.

But there is something else about that paper --the smell! I noticed it the moment we came into the room, but with so much air and sun it was not bad. Now we have had a week of fog and rain, and whether the windows are open or not, the smell is here.

It creeps all over the house.

I find it hovering in the dining-room, skulking in the parlor, hiding in the hall, lying in wait for me on the stairs.

It gets into my hair. Even when I go to ride, if I turn my head suddenly and surprise it -- there is that smell!

Such a peculiar odor, too! I have spent hours in trying to analyze it, to find what it smelled like.

It is not bad -- at first, and very gentle, but quite the subtlest, most enduring odor I ever met.

In this damp weather it is awful, I wake up in the night and find it hanging over me.

It used to disturb me at first. I thought seriously of burning the house -- to reach the smell.

But now I am used to it. The only thing I can think of that it is like is the *color* of the paper! A yellow smell.

There is a very funny mark on this wall, low down, near the mopboard. A streak that runs round the room. It goes behind every piece of furniture, except the bed, a long, straight, even *smooch*, as if it had been rubbed over and over.

I wonder how it was done and who did it, and what they did it for. Round and round and round -- round and round and round -- it makes me dizzy!

I really have discovered something at last. Through watching so much at night, when it changes so, I have finally found out. The front pattern does move -- and no wonder! The woman behind shakes it!

Sometimes I think there are a great many women behind, and sometimes only one, and she crawls around fast, and her crawling shakes it all over.

Then in the very bright spots she keeps still, and in the very shady spots she just takes hold of the bars and shakes them hard.

And she is all the time trying to climb through. But nobody could climb through that pattern -- it strangles so; I think that is why it has so many heads.

They get through, and then the pattern strangles them off and turns them upside down, and makes their eyes white!

If those heads were covered or taken off it would not be half so bad.

Literatura Norteamericana

I think that woman gets out in the daytime! And I'll tell you why -- privately -- I've seen her! I can see her out of every one of my windows!

It is the same woman, I know, for she is always creeping, and most women do not creep by daylight.

I see her in that long shaded lane, creeping up and down. I see her in those those dark grape arbors, creeping all around the garden.

I see her on that long road under the trees, creeping along, and when a carriage comes she hides under the blackberry vines.

I don't blame her a bit. It must be very humiliating to be caught creeping by daylight!

I always lock the door when I creep by daylight. I can't do it at night, for I know John would suspect something at once.

And John is so queer now, that I don't want to irritate him. I wish he would take another room! Besides, I don't want anybody to get that woman out at night but myself.

I often wonder if I could see her out of all the windows at once. But, turn as fast as I can, I can only see out of one at one time. And though I always see her, she may be able to creep faster than I can turn!

I have watched her sometimes away off in the open country, creeping as fast as a cloud shadow in a high wind.

If only that top pattern could be gotten off from the under one! I mean to try it, little by little.

I have found out another funny thing, but I shan't tell it this time! It does not do to trust people too much.

There are only two more days to get this paper off, and I believe John is beginning to notice. I don't like the look in his eyes.

And I heard him ask Jennie a lot of professional questions about me. She had a very good report to give.

She said I slept a good deal in the daytime. John knows I don't sleep very well at night, for all I'm so quiet! He asked me all sorts of questions, too, and pretended to be very loving and kind.

As if I couldn't see through him!

Still, I don't wonder he acts so, sleeping under this paper for three months.

It only interests me, but I feel sure John and Jennie are secretly affected by it.

Hurrah! This is the last day, but it is enough. John to stay in town over night, and won't be out until this evening.

Jennie wanted to sleep with me -- the sly thing! but I told her I should undoubtedly rest better for a night all alone.

That was clever, for really I wasn't alone a bit! As soon as it was moonlight and that poor thing began to crawl and shake the pattern, I got up and ran to help her.

I pulled and she shook, I shook and she pulled, and before morning we had peeled off yards of that paper.

A strip about as high as my head and half around the room.

And then when the sun came and that awful pattern began to laugh at me, I declared I would finish it to-day!

Literatura Norteamericana

We go away to-morrow, and they are moving all my furniture down again to leave things as they were before.

Jennie looked at the wall in amazement, but I told her merrily that I did it out of pure spite at the vicious thing.

She laughed and said she wouldn't mind doing it herself, but I must not get tired.

How she betrayed herself that time!

But I am here, and no person touches this paper but me, -- not alive !

She tried to get me out of the room -- it was too patent! But I said it was so quiet and empty and clean now that I believed I would lie down again and sleep all I could; and not to wake me even for dinner -- I would call when I woke.

So now she is gone, and the servants are gone, and the things are gone, and there is nothing left but that great bedstead nailed down, with the canvas mattress we found on it.

We shall sleep downstairs to-night, and take the boat home to-morrow.

I quite enjoy the room, now it is bare again.

How those children did tear about here!

This bedstead is fairly gnawed!

But I must get to work.

I have locked the door and thrown the key down into the front path.

I don't want to go out, and I don't want to have anybody come in, till John comes.

I want to astonish him.

I've got a rope up here that even Jennie did not find. If that woman does get out, and tries to get away, I can tie her! But I forgot I could not reach far without anything to stand on!

This bed will not move!

I tried to lift and push it until I was lame, and then I got so angry I bit off a little piece at one corner -- but it hurt my teeth.

Then I peeled off all the paper I could reach standing on the floor. It sticks horribly and the pattern just enjoys it! All those strangled heads and bulbous eyes and waddling fungus growths just shriek with derision!

I am getting angry enough to do something desperate. To jump out of the window would be admirable exercise, but the bars are too strong even to try.

Besides I wouldn't do it. Of course not. I know well enough that a step like that is improper and might be misconstrued.

I don't like to *look* out of the windows even --there are so many of those creeping women, and they creep so fast.

I wonder if they all come out of that wall-paper as I did?

But I am securely fastened now by my well-hidden rope -- you don't get me out in the road there !

I suppose I shall have to get back behind the pattern when it comes night, and that is hard! It is so pleasant to be out in this great room and creep around as I please! I don't want to go outside. I won't, even if Jennie asks me to.

For outside you have to creep on the ground, and everything is green instead of yellow.

But here I can creep smoothly on the floor, and my shoulder just fits in that long smooch around the wall, so I cannot lose my way.

Why there's John at the door!

It is no use, young man, you can't open it!

Literatura Norteamericana

How he does call and pound!

Now he's crying for an axe.

It would be a shame to break down that beautiful door!

"John dear!" said I in the gentlest voice, "the key is down by the front steps, under a plantain leaf!"

That silenced him for a few moments. Then he said -- very quietly indeed, "Open the door, my darling!" "I can't," said I. "The key is down by the front door under a plantain leaf!"

And then I said it again, several times, very gently and slowly, and said it so often that he had to go and see, and he got it of course, and came in. He stopped short by the door.

"What is the matter?" he cried. "For God's sake, what are you doing!" I kept on creeping just the same, but I looked at him over my shoulder.

"I've got out at last," said I, "in spite of you and Jane. And I've pulled off most of the paper, so you can't put me back!"

Now why should that man have fainted? But he did, and right across my path by the wall, so that I had to creep over him every time!

Charlotte Perkins Gilman, "Why I Wrote The Yellow Wallpaper" (1913)

This article originally appeared in the October 1913 issue of *The Forerunner*.

Many and many a reader has asked that. When the story first came out, in the *New England Magazine* about 1891, a Boston physician made protest in *The Transcript*. Such a story ought not to be written, he said; it was enough to drive anyone mad to read it.

Another physician, in Kansas I think, wrote to say that it was the best description of incipient insanity he had ever seen, and -begging my pardon -- had I been there?

Now the story of the story is this:

For many years I suffered from a severe and continuous nervous breakdown tending to melancholia -- and beyond. During about the third year of this trouble I went, in devout faith and some faint stir of hope, to a noted specialist in nervous diseases, the best known in the country. This wise man put me to bed and applied the rest cure, to which a still-good physique responded so promptly that he concluded there was nothing much the matter with me, and sent me home with solemn advice to "live as domestic a life as far as possible," to "have but two hours' intellectual life a day," and "never to touch pen, brush, or pencil again" as long as I lived. This was in 1887.

I went home and obeyed those directions for some three months, and came so near the borderline of utter mental ruin that I could see over.

Then, using the remnants of intelligence that remained, and helped by a wise friend, I cast the noted specialist's advice to the winds and went to work again -- work, the normal life of every human being; work, in which is joy and growth and service, without which one is a pauper and a parasite -ultimately recovering some measure of power.

Being naturally moved to rejoicing by this narrow escape, I wrote *The Yellow Wallpaper*, with its embellishments and additions, to carry out the ideal (I never had hallucinations or objections to my mural decorations) and sent a copy to the physician who so nearly drove me mad. He never acknowledged it.

The little book is valued by alienists and as a good specimen of one kind of literature. It has, to my knowledge, saved one woman from a similar fate -- so terrifying her family that they let her out into normal activity and she recovered.

But the best result is this. Many years later I was told that the great specialist had admitted to friends of his that he had altered his treatment of neurasthenia since reading *The Yellow Wallpaper*.

Literatura Norteamericana

It was not intended to drive people crazy, but to save people from being driven crazy, and it worked.

Índice

CHARLOTTE PERKINS GILMAN “EL EMPAPELADO AMARILLO” (1892)	1
CHARLOTTE PERKINS GILMAN, “POR QUÉ ESCRIBÍ ‘EL EMPAPELADO AMARILLO’” (1913)	12
CHARLOTTE PERKINS GILMAN “THE YELLOW WALLPAPER” (1892)	13
CHARLOTTE PERKINS GILMAN, "WHY I WROTE THE YELLOW WALLPAPER" (1913)	23
ÍNDICE	24